

## II

Cuando Dumouriez volvió á su casa, supo que empezaban á formarse grupos en el arrabal de San Antonio, é inmediatamente fué á dar cuenta al rey de esta novedad; pero el príncipe, creyendo que se trataba de asustarle, perdió la confianza que tenia en Dumouriez. Este presentó su dimision, que fué aceptada inmediatamente. Encargóse entónces de la cartera de Negocios extranjeros á Chambonas, y de la de Guerra á Lajard, partidario de Lafayette; la del Interior fué confiada á Mr. de Monciel, constitucional fuldense y amigo del rey. Esto acaeció el 17 de Junio. Los jacobinos y el pueblo, guiados por los girondinos, agitaban ya la capital, y todo anunciaba la proximidad de una insurreccion. Aquellos ministros, sin fuerza armada, sin popularidad y sin partido, aceptaban así la responsabilidad de los peligros acumulados por sus predecesores.

El rey vió por última vez á Dumouriez, y la despedida del monarca y su ministro fué muy tierna. «¿Con que os vais al ejército?»—dijo el rey. «Sí, señor,—respondió Dumouriez.—Sería una delicia para mí abandonar esta horrorosa ciudad si no me fuese con el sentimiento de los peligros que corre V. M. Escuchadme, señor, yo no he de volver ya á veros. Tengo cincuenta y tres años y mucha experiencia, y no puedo separarme de vos sin deciros que se abusa de vuestra conciencia respecto al decreto contra los sacerdotes no juramentados, y que se os conduce á la guerra civil. Vos estais sin fuerza, por lo cual tendreis que sucumbir, y la historia, al mismo tiempo que os compadecerá, os acusará de las desgracias de vuestro pueblo.» El rey estaba sentado al lado de la mesa en donde acababa de firmar las cuentas del general. Dumouriez se hallaba á su inmediacion con las manos cruzadas. El rey se las cogió y le dijo con voz conmovida, aunque resignada: «Dios es testigo de que yo no pienso más que en la felicidad de Francia». «No lo dudo,—contestó Dumouriez enternecido,—pero vos debéis dar cuenta á Dios, no sólo de la fuerza, sino del uso ilustrado de vuestras intenciones. Vos creéis salvar la religion, y lo que haceis es destruirla. Los sacerdotes serán asesinados. Os quitarán la corona, y quizas vos, la reina y vuestros hijos...» No pudo acabar la frase, porque el rey le tapó la boca derramando abundantes lágrimas. «Aguardo la muerte,—le dijo con tristeza,—y desde ahora se la perdono á mis enemigos. Os agradezco vuestra sensibilidad. Me habeis servido bien, y os aprecio. Adios. Sed más dichoso que yo.» Despues que Luis XVI hubo dicho estas palabras, fué á esconderse en el hueco de una ventana que estaba en el fondo del cuarto, para ocultar mejor la turbacion de su rostro. Dumouriez no volvió ya á verle. Al salir de allí fué á pasar algunos dias retirado en uno de los barrios más solitarios de Paris. Mirando el ejército como el único asilo en que un ciudadano podia servir aún á su patria, salió para Douai, en cuyo punto se hallaba el cuartel general de Luckner.

## III

Los ministros girondinos quedaron por un momento aterrados entre la humillacion de su caída y el gozo de su próxima venganza. «Héme aquí despachado,—dijo Roland á su mujer al entrar en su casa;—no siento más sino que nuestra len-

titud nos ha privado de tomar la iniciativa.» Madama Roland se fué á vivir á una modesta habitacion, sin perder nada de su influencia ni echar de ménos el poder, puesto que llevaba consigo su genio, su patriotismo y sus amigos. La conjuracion no hizo sino mudar de casa, y desde el ministerio del Interior pasar en masa al gabinetito en donde ella reunia é inspiraba á otros su pasion.

Este círculo se agrandaba todos los dias. La atraccion de aquella mujer se con-



El conde de Artois.

El conde de Provenza.

fundia en el corazon de sus amigos con la atraccion de la libertad, y adoraban en ella la futura república. El amor que aquellos jóvenes le tenían sin confesárselo, formaba parte de su política sin que ellos mismos lo supiesen. Las ideas no se hacen activas y poderosas sino cuando el sentimiento las vivifica. Esta mujer era el sentimiento de su partido.

Reclutó éste por entónces un hombre extraño á la Gironda, pero á quien su juventud, su rara belleza y su energía debian lanzar naturalmente en aquella faccion de la ilusion y del amor que estaba dirigida por una mujer. Llamábase este joven Barbaroux, y no tenia entónces sino veintiseis años. Era hijo de Marsella, y pertenecía á una de aquellas familias de marinos que tanto en sus costumbres como en su fisonomía conservan siempre algo de la osadía de su vida y de la agitacion de su elemento. La elegancia de su talle y las gracias de su rostro recordaban las formas que adoraba la antigüedad en sus estatuas. La sangre de aquella Grecia asiática de que Marsella es una colonia, se revelaba en la pureza del perfil del joven



marselles. Dotado éste con tanta profusion de los dones de la inteligencia como de prendas corporales, se ejerció desde muy niño en el uso de la palabra, lujo de los hombres del Mediodía. Se recibió abogado y defendió con talento varias causas; pero el poder y la sinceridad de su alma repugnaban aquella elocuencia, muchas veces mercenaria, que se ve obligada á fingir pasiones que no tiene. Erále preciso á este hombre defender aquellas causas nacionales á las cuales da uno además de la palabra su alma y su vida. La revolucion en que habia nacido se las ofrecia abundantemente, y él esperaba con impaciente ansiedad la ocasion y el momento de servirla.

Su adolescencia le mantenía aún léjos de la escena donde ardía por lanzarse. Pasaba su vida en una posesion de su familia inmediata al pueblo de Ollioules, en donde se entretenia en cultivar las flores, que la aridez del suelo y el ardor del sol hacen que se necesite mucho cuidado para obtener alguna que otra. En los ratos desocupados se dedicaba al estudio de las ciencias naturales, manteniendo correspondencia con dos suizos cuyos sistemas de fisica ocupaban entónces al mundo sabio. Llamábanse éstos Mr. de Saussure y Marat. Pero la ciencia no era suficiente para aquella alma, y Barbaroux exhalaba sus sentimientos en poesías elegíacas, ardientes como el Mediodía, vagas como el horizonte que tenia á su vista. En ellas se nota aquella melancolía meridional cuya languidez es más semejante al deleite que á la debilidad, y que tanto se parece á los cánticos del hombre sentado al sol, ántes ó despues del trabajo. De este modo habia empezado Mirabeau su vida. Los genios más enérgicos empiezan muchas veces por la tristeza, como si tuviesen en el gérmen de su vida los presentimientos de su áspero destino. Cuando se leen los versos de aquel jóven, parece que á través de sus primeras lágrimas entreveia ya sus faltas, la expiacion de ellas y el cadalso.

Despues de la eleccion de Mirabeau y de las agitaciones que á ella se siguieron, fué nombrado Barbaroux secretario del ayuntamiento de Marsella. En los alborotos de Aviñon tomó las armas y marchó á la cabeza de los jóvenes marselleses contra los dominadores del condado. Su figura marcial, su aire y su voz le hacian ser jefe en todas partes, porque á todos encantaba con su presencia. Comisionado para ir á Paris á dar cuenta de los acontecimientos del Mediodía á la Asamblea nacional, los girondinos Vergniaud y Guadet, que querian conceder una amnistía á los crímenes de Aviñon, trataron de atraerse aquel jóven á su partido. Fogoso éste, como era natural en su edad, no justificaba á los verdugos de Aviñon, pero detestaba á las víctimas, por cuya razon era precisamente el hombre que necesitaban los girondinos. Admirados de su elocuencia y de su entusiasmo, le presentaron á madama Roland. Ninguna mujer era más á propósito para seducir, ni tampoco era fácil hallar otro hombre más á propósito para ser seducido. Madama Roland, que se hallaba entónces en todo el brillo de su belleza y en toda la emocion de sensibilidad que la pureza de su vida no era suficiente á sofocar en su corazon vacío, habla de Barbaroux con el mayor enternecimiento. «He leído—dice—unas cartas de Barbaroux en el gabinete de mi marido, en las que hallo una razon y una sabiduría prematuras. Cuando le vi quedé admirada, y muy pronto se hizo amigo de mi marido, aunque no le vimos con frecuencia hasta despues de nuestra salida del ministerio. Entónces fué cuando, hablando del mal estado de las cosas y del temor del triunfo del despotismo en el Norte de Francia, formamos el proyecto de esta-



BARBAROUX.



blecer una república en el Mediodía. «Esto sería lo peor que podía sucedernos,—me decía Barbaroux sonriéndose;—pero los marseleses que han venido aquí nos evitarán llegar hasta este extremo.»

Roland vivía entonces en una casa oscura de la calle de Santiago, baja de techo, verdadero retiro de un filósofo, é iluminada, sin embargo, por aquella mujer tan particular. Presente ésta á todas las conversaciones de su marido, asistía á las que tenía con el jóven marseles. Este refiere de la manera siguiente la escena en que nació entre ellos la primera idea de república: «Aquella mujer sorprendente—dice—estaba con nosotros. Roland me preguntó mi modo de pensar sobre los medios que habria para salvar á Francia, y yo me franquéé con él. Esta confianza excitó la suya. «La libertad está perdida—dijo—si no se burlan cuanto ántes todas las intrigas de la corte. Lafayette medita una traicion en el Norte, y el ejército del centro está desorganizado por sistema. Dentro de seis semanas los austriacos estarán en Paris, y nosotros no habrémos trabajado durante tantos años en la más hermosa de las revoluciones sino para verla caer en un día. Si la libertad perece en Francia, perece para siempre en todo el resto del mundo. Todas las esperanzas de la filosofía quedarán burladas con este golpe fatal. Las preocupaciones y la tiranía volverán á apoderarse de la tierra. Prevengamos esta desgracia, y si el Norte es avasallado, llevemos la libertad al Mediodía y fundemos allí, en cualquier parte, una colonia de hombres libres.» Su mujer lloraba al oír estas palabras. Yo lloraba también al mirarle. ¡Oh! ¡Cómo se dilataban nuestras almas entristecidas con aquellas mutuas confianzas! Yo le hice una pintura rápida de los recursos y de las esperanzas que aún le quedaban á la libertad en el Mediodía. Una dulce alegría se esparció por el rostro de Roland; me estrechó la mano, y ambos trazamos en un mapa de Francia los límites de aquel imperio de la libertad. Extendíanse éstos desde el Doubs, el Ain y el Ródano hasta el Dordoña, y desde las montañas inaccesibles de la Auvernia hasta el Durance y hasta el mar. Entonces escribí una carta que me dictó Roland, pidiendo á Marsella un batallon y dos piezas de artillería. Convenidas estas bases, me separé de Roland, penetrado de respeto hácia él y su mujer. En la época de su segundo ministerio he vuelto á verlos, tan sencillos como en su humilde retiro. Entre todos los modernos, me parece que Roland es el hombre que más se aproxima á Catón; pero también hay que confesar que su valor y sus talentos son debidos casi exclusivamente á su mujer».

De esta manera tuvo origen el pensamiento de una república federativa en la primera entrevista de Barbaroux con madama Roland. Lo que ellos soñaban entonces como una medida desesperada para salvar la libertad, se les vino á la mano al poco tiempo de haberlo tramado como un complot. Aquel primer suspiro de patriotismo de dos almas que se encontraban y se adivinaban mutuamente, fué el atractivo que las unió y al mismo tiempo fué también su crimen.

## IV

Libres los girondinos desde aquel día de todo compromiso con el rey y con los ministros, conspiraron secreta y públicamente, ya en casa de madama Roland, ya en la tribuna, para derribar la monarquía. Parecía que envidiaban á los jacobinos el honor de dar al trono los golpes más mortales. Robespierre no hablaba aún sino



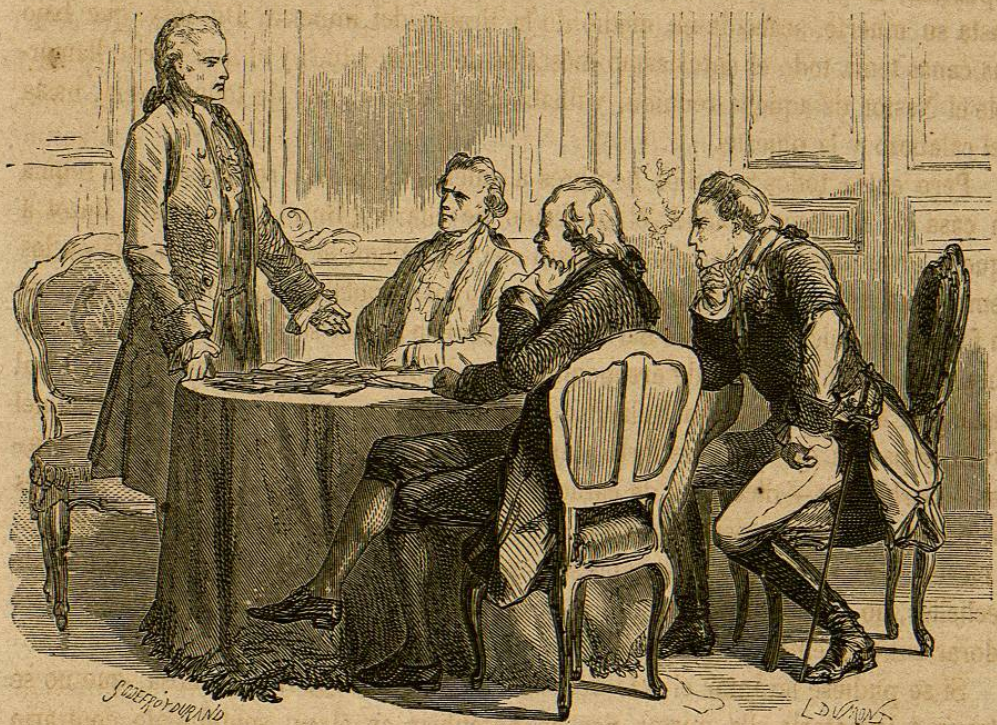
en nombre de la Constitución, y encerrándose dentro de la ley, no se adelantaba al pueblo. Los girondinos hablaban ya de república, y con la mirada y con la acción daban á entender la proximidad de un golpe de Estado en sentido republicano. Los conciliábulos en casa de Roland eran más frecuentes, duraban mucho más, y cada día se aumentaba el número de los que á ellos asistían. Eran los principales Roland, Brissot, Vergniaud, Guadet, Gensonné, Condorcet, Petion, Lanthenas, que le vendió en el momento del peligro; Valazé, Pache, que persiguió y diezmó á sus amigos; Grangeneuve, Louvet, que ocultaba una gran energía bajo la ligereza de sus costumbres y de una jovialidad habitual; Chamfort, hombre desengañado y sin fe en el pueblo ántes de haberle servido; Carra, periodista popular, entusiasta por la república; Chenier, poeta de la revolución, destinado á sobrevivirla y que la adoró hasta su muerte, acaecida en medio de la tiranía del imperio; Dusaulx, que bajo sus canas tenía todo el entusiasmo filosófico de la juventud, y al que puede llamarse el Nestor de aquella reunión, y finalmente, Mercier, que de todo se reía, hasta del calabozo y la muerte.

Pero entre todos aquellos hombres á quienes la pasión revolucionaria reunía en casa de madama Roland, el preferido de ella era Buzot. Más adicto Buzot á aquella joven que á su partido, era para ella un amigo, al paso que no veía en los demás sino unos instrumentos ó cómplices suyos. Aquella mujer no había tardado en formar un juicio exacto de Barbaroux, juicio en el que se descubría cierta amargura que era una especie de arrepentimiento del favor que le había dispensado al principio. Acúsase madama Roland de que le hubiese parecido tan hermoso aquel joven, y parece que trata de fortalecer su corazón contra el encanto de sus miradas. «Barbaroux — dice — es de carácter ligero, y las adoraciones que las mujeres disipadas le prodigan perjudican á la gravedad de sus sentimientos. Cuando yo veo á ciertos jóvenes ebrios de la impresión que causan, como Barbaroux y Hérault de Séchelles, no puedo desechar la idea de que se adoran demasiado á sí mismos para adorar suficientemente á la patria.»

Si se pudiese levantar el velo del corazón de aquella mujer virtuosa, que no se atrevía á levantarle ella misma por no descubrir en él un sentimiento contrario á sus deberes, nos convenceríamos de que su inclinación instintiva había sido de un instante respecto á Barbaroux, y de que su ternura era exclusivamente de Buzot. No es dado ni al deber ni á la libertad posesionarse completamente del alma de una mujer tan bella y apasionada como aquella. El deber hiela el corazón, la política le engaña, la virtud le refrena y el amor lo llena. Madama Roland amaba á Buzot, y éste la adoraba como á su inspiración y á su ídolo. Quizá no se confesaron jamás uno á otro un sentimiento que no hubiese sido tan sagrado para ellos desde el día en que hubiera sido culpable; pero lo que tanto se ocultaban á sí mismos, lo han revelado involuntariamente al tiempo de morir. Se nota en los últimos días y en las últimas horas de aquel hombre y de aquella mujer unos suspiros, unas acciones y unas palabras por los cuales se trasluce en presencia de la muerte el secreto contenido durante la vida. Este secreto, sin embargo, está siempre cubierto bajo el velo del misterio. La posteridad tiene derecho de entreverle, pero no tiene el de acusar.

Roland, hombre estimable, pero de carácter melancólico, tenía las exigencias de la debilidad respecto á su hermosa compañera, sin tener el reconocimiento que

era debido al gran sacrificio que ella se había impuesto para hacer la felicidad de aquel hombre, á quien guardaba fidelidad más por respeto á sí misma que por tenerle cariño. Ambos amaban una misma causa, la de la libertad. El fanatismo de Roland era sin embargo frío como el orgullo, y el de su mujer, ardiente como el amor. Ella se sacrificaba todos los días por la gloria de su marido; él apenas parecía notar aquel sacrificio. Descúbrese en el corazón de aquella mujer que aunque lleva el yugo con altivez, no deja por eso de pesarle. Cuando habla de Buzot, lo hace con complacencia y como si hablase del ideal de una felicidad interior. Pintando á Buzot se expresa del modo siguiente: «Sensible, melancólico y contemplador apasionado de la naturaleza, parece criado para gozar y dar la felicidad. Este hombre



Mallet-Dupan en la conferencia de Francfort.—Pág. 363.

olvidaría el resto del universo entre las dulzuras de las virtudes privadas. Capaz de arrojarse sublimes y de constantes afectos, el vulgo, que tiene gusto en rebajar lo que no le es dado igualar, le acusa de visionario. De figura dulce y de talle elegante, se advierten en su modo de vestir aquella pulcritud y aquella decencia que anuncian el respeto de sí mismo y el de los demás. Mientras que la hez de la nación hace subir á los aduladores y corruptores del pueblo, mientras que los asesinos juran, beben y se cubren de harapos para fraternizar con el populacho, Buzot profesa la moral de Sócrates y conserva la urbanidad de Escipión. Por eso se arrasa su casa y se le destierra como á Aristides. ¡Me admiro de que no hayan decretado que se olvidase hasta su nombre!» De este modo hablaba aquella mujer en un rincón de su oscuro calabozo el día ántes de su muerte; que sabida por Buzot mientras andaba errante y escondido en las grutas de San Emilio, causó en él tal impresión que estuvo muchos días enteramente loco.